

LA LOCURA DESDE FUERA

I

DEL LAGO AL COMEDOR. DOS MEGALOMANÍAS



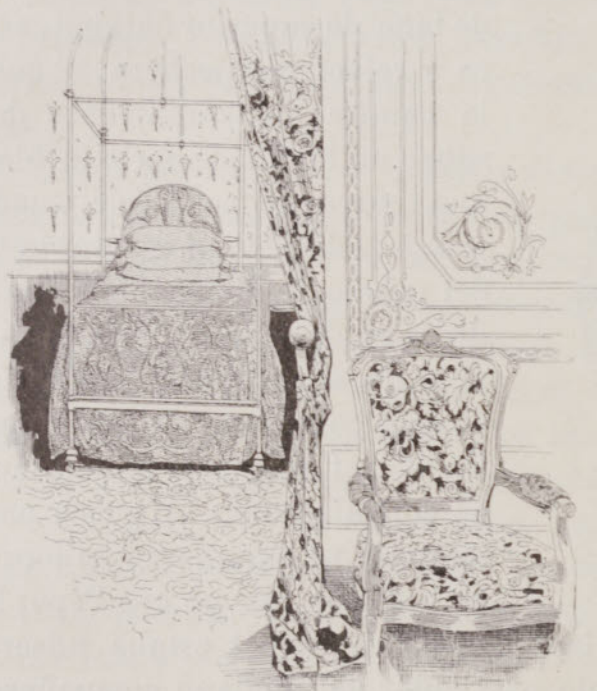
QUEDA convenido con el doctor Libe que mi situación de convaleciente en el Manicomio, aun cuando me concede mucha más libertad para discurrir por las dependencias del asilo, no me exime de las prescripciones generales del Reglamento de la casa. Entre éstas, una de las más rigurosamente observadas, es la separación de los sexos: hombres y mujeres, conviviendo bajo un mismo techo, no advierten su proximidad y convivencia.

Este extremo reglamentario, cohibe mis aspiraciones. Conozco que no me faltará campo de observación para la locura en el sexo masculino;... ¿no sería interesante averiguar las particularidades de las enfermedades mentales en la mujer?... Ya que no me sea dado juzgar *de visu* esta materia, en tiempo oportuno interpelaré al doctor, y sin duda me proporcionará elementos para llenar este vacío que podría resultar en mis MEMORIAS.

Me ha preguntado don Salvador si tendría reparo en continuar en la habitación que me fué designada al ingresar en el Manicomio, pues, como en ella había pasado los grandes accesos alucinatorios y de delirio, quería estar seguro de que por esto no me quedaba ninguna aprensión. Lo cierto es que, si bien recuerdo los delirios, no tengo memoria de los lugares en que me hallé mientras duró mi locura. En esto conozco que, como decía don Agapito, mi sensorio estaba *inhibido*. De aquí que, lejos de sentir aversión, téngole cariño al gabinete en donde vi reaparecer mi razón y recobré el temple normal de mi espíritu, gracias á la *sugestión hinóptica*.

La habitación mía, como todas las de primera clase, en la sección de tranquilos, consiste en un gabinete espacioso, cómodo, lujosamente amueblado y profusamente alumbrado, que tiene su entrada por el vestíbulo común, y salida á

la galería porticada de la planta baja; la cual galería limita, por el lado del edificio, un bellissimo parque á la inglesa, dotado de una gran variedad de árboles, arbustos, arbolillos y flores, que forman bosquecillos y verjeles, en cuya espe-



sura se esconden varios lagos de poca profundidad, provistos de surtidores y con abundante dotación de peces de doradas escamas y de colores muy vistosos.

Junto á uno de esos especímenes de la *fauna lacustre*, oculta la cabeza en una rama de arauca-

ria, el cuerpo por los corimbos de una mimosa y las piernas por el variado follaje de unos *evoniums*, hallábase, en contemplación casi extática, un viejecito de muy escasa corpulencia y de aspecto, no obstante, venerable. Su traje, de ame-



ricana y chaleco abierto, mezclilla de lana de superior calidad, su blanca y reluciente pechera, el cuello de la camisa cuidadosamente doblado sobre un lacito de corbata blanca y una gorra de seda, de cuadritos, provista de inconmensurable visera, del mismo tejido, dábanle un porte distinguido y prevenían en su favor al tratarse de si uno le abriría ó no el mágico tesoro de las simpatías. En él creí reconocer á un compañero de convalecencia. A pocos pasos de nosotros se hallaba un camarero del Manicomio, que no era Pepe; lo cual

me hizo pensar que aquél estaba adscrito al servicio particular del anciano compañero.

Viéndome, el diminuto anciano inclinó ligeramente la cabeza y continuó en su actitud contemplativa. En aquel instante, un barbo rojo-anaranjado, de gran tamaño y de tres aletas caudales—un macho de la especie, según la técnica piscícola,—ganando la delantera á un sin número de pececitos de su mismo género, que

seguían su misma dirección, vino á hacer buena presa de una miga de pan que el anciano acababa de arrojar al lago. Viendo tal injusticia y desafuero, el atento espectador hizo un violento gesto, que tenía por fin ahuyentar al pez raptor. Este, empero, haciendo caso omiso del aspaviento humano, llevóse la miga, seguido y muy de cerca perseguido por sus envidiosos congéneres.

— ¡Lucha por la vida! — exclamó el anciano, mirándome en ademán de solicitar mis palabras.

— Lo mismo harían si fuesen hombres: es la codiciada miga del presupuesto, — repuse yo.

— Lo mismo;... es mucha verdad... y sin embargo, es preciso que la humanidad sea redimida de la esclavitud de los fieros instintos.

— Esto será cuando empiece una nueva Creación. Los moldes de la humanidad han sido siempre los mismos y no variarán.

— Pero podrían variar. A veces se yerra porque se juzga por las apariencias... Vamos á ver: quien hizo el primer hombre y, con él, el primer molde de la humanidad ¿no podría variar el uno y el otro?

— Pero hay leyes inmutables, y no puede haber nuevas creaciones. Los seres llevan las leyes que les rigen en su misma esencia: los cuerpos han sido siempre graves y continuarán siéndolo, porque la gravedad, que es inherente

á su propia esencia, les dirige al centro de la tierra.

— Menos el hidrógeno y el aire enrarecido, que se dirigen hacia el cielo. Vea usted aquel globo aerostático, que allá lejos se ve salir de la Plaza de toros. Ese *desobedece* á la gravedad... ¿Por qué? Porque la voluntad que hizo á los cuerpos graves, ha estimado conveniente enmendarse la plana, en muestra de su propia libertad.

— Este criterio no tiene base científica. El fenómeno que tenemos á la vista no constituye una excepción á la ley de gravedad, sino un ejemplo de la ley de densidad, según se explica en Física. Esas pretendidas excepciones, frecuentemente no acusan más que ignorancia.

— Suplicaría á usted tuviera la bondad de medir las palabras y retirar el término *ignorancia*.

— No tengo por qué retirarlo, pues no iba dirigido á usted.

— Nuevo y trascendental error: no hay cosa ni hecho que á mí no se encamine, ni que de mí no venga.



— No entiendo...

— Va á entenderlo pronto: ¿ve usted aquel monte?... Si le dijera: «monte: pasa de aquí allí», el monte se trasladaría... ¿Por su voluntad? No... Por la mía. La voluntad suprema... Representación consubstancial al Padre y al Hijo... ¡Gloria á mí, la tercera persona en el Cielo, la primera en la tierra!

— Don Andrés, — gritó el camarero; — el señor Director desea hablar con usted... Vámonos.

He comprendido que el camarero se vale de éste pretexto para ahuyentar del viejecito una explosión de furor... En este mismo instante ha llegado á nosotros el doctor Libe.

— Príncipe, — le ha dicho don Andrés. — Vuestra Alteza no puede tardar en dar cumplimiento á los elevados destinos que le están encomendados.

— Majestad, — ha contestado el doctor; — id á aguardarme en vuestra cámara.

— Allá voy; mas antes — dirigiéndose á mí — debo anunciaros que hemos tenido á bien nombraros Duque del *Dorado Barbo*.

Fuéronse el anciano y su criado. El doctor Libe me dijo:



— Eulogio, ¿no quería usted saber á qué podía conducir la *sistematización del delirio*? Pues ahí tiene un ejemplo. La enfermedad de ese caballero principió, hace muchos años, por alucinaciones del oído: eran en un principio ruidos, sonidos y voces, que no hacían mella en la mente. Después las alucinaciones fueron cada vez más claras y definidas; las acústicas fueron auxiliadas por las ópticas; vinieron luego las táctiles, y por último ha quedado constituída una *locura razonadora, megalomaniaca*, esto es, una *locura de grandezas*. Don Andrés, que tiempo atrás, desde aquí, oía los discursos cariñosos de su madre y de otra personita de su afecto y agrado, que residen en lejanas tierras, empezó á oír la voz de Dios. Primero se sintió general; poco después Príncipe heredero, luego Emperador reinante y ahora ya es Espíritu Santo, consubstancial al Padre y al Hijo... ¿Es posible mayor y más rápida prosperidad en el escalafón de las dignidades?... Que no, parece... Pero no desconfío de que don Andrés llegue á Santísima Trinidad.

— Entonces, —repliqué yo, —este sujeto no es más que un alucinado... Nadie mejor que yo podría curarle. Yo, que he padecido tanto por alucinaciones de todo género, le advertiré que no crea en ellas, puesto que son efecto de la enfermedad, y que, en el momento en

que no dé crédito á las alucinaciones, estará curado.

— Sublime intento, pero vano. Lo que usted intentara en don Andrés sería trabajo perdido y además exponerse á excitarle en su delirio. Las sensaciones morbosas, cuando son causa del delirio sistematizado, ó locura parcial, son mucho más consistentes que las sensaciones normales. Los errores morbosos de la sensibilidad son de todo punto incontrastables. Mirando á un objeto blanco, decidle á una persona cuerda que, si no declara que lo ve negro, perderá la vida: raro será el que, ante tal amenaza, no diga que lo blanco es negro; y lo opuesto diría, si tal fuese el caso... El loco alucinado subiría al patíbulo antes que ceder en su convicción psicosen-sitiva.

— Debe ser cosa muy mala eso del delirio de grandezas, — dije yo. — El vecino de mi cuarto don Enrique se halla en el mismo caso: no sabe hablar sino de sus millones y de sus escuadras. Mírele usted; allá le veo: de seguro está contando los barcos de la flota suya, que ve anclada en las huertas de la vecina aldea. ¿Permite usted que le llame?

— Mejor será que vayamos á su encuentro. Pero este delirio es muy diferente del de don Andrés; es el delirio de la parálisis general.

Don Enrique es un coronel de Artillería, que

frisa en los 50 años: hace tres meses que reside en el Manicomio, viste el traje de su profesión, y conserva su ceniciento y muy nutrido bigote. Viene de un mirador que hay al otro extremo del parterre, y seguido de su *madgyar*—vulgo

camarero—se encamina al edificio, porque ha sonado la campana que anuncia la hora de comer. Noto que, aun cuando de alta estatura y aspecto robusto, anda con precipitación y á menudo se tambalea.

—¿Cómo va ese valor?—le dice el doctor Libe.

—Ca... cada día más firme... Mi... mire usted que pi... piernas de... de hierro, (dando

con el pie en el suelo). Envío es... esta... ta... tarde cua... cuarenta cuarenta mil gra... granadas á la... la ciudad.

—No son muchas granadas, don Enrique... más podrían ser.

—Pues se... serán cuarenta, cuarenta millones de millones de gra... granadas... ¿Me da usted ta... tabaco pa... para liar un ci... ci-



garro? (Presentando un pedazo de papel de periódico).

— Ahora no, pues vamos á comer... Tome usted mi brazo, don Enrique.

Atravesamos el gran salón vestíbulo, penetramos en un corredor espacioso y subimos dos tramos de una escalera ancha, en cuyo ojo, en previsión de impulsos suicidas, había un tejido de alambre, y entramos en un vasto salón rectangular, perfectamente alumbrado y con muchas mesas á las que iban haciendo honor los pensionistas de segunda y tercera clase. En el fondo, dimos con otro comedor más lujoso, cuya mesa, provista del paramento propio de una fonda de primer orden, ostentaba en el centro un jarrón chino, con su correspondiente ramillete de flores naturales.

Don Salvador sentóse á la cabecera; reservó un cubierto á su derecha y á mí me hizo colocar á su izquierda. Llegaron, sin hacerse esperar, otros pensionistas; don Enrique colateralizó conmigo. Don Andrés se sentó al frente, y poco después entró y fué á ocupar el asiento reservado, un joven, más bien bajo que alto, semblante expansivo y rebosando sangre en el blanco cutis, cuyo rasgo fisonómico más acentuado consistía en un bigotito arrolladizo y rebelde á las puntas, que con ensañamiento afilaba con su diminuta diestra. Este joven, á quien el Director recibió

con singulares muestras de distinción y cariño, era el médico interno del Manicomio: el doctor Rodrigo.

Y pues quedan indicados el lugar y los principales personajes de las escenas del Refectorio que me propongo describir, doy punto á este capítulo reservando tarea para el siguiente.





II

¡¡NO RESTRAIN!!

UNA oficina culinaria central, con una gran compuerta á cada lado, en relación respectivamente con los comedores del departamento de hombres y el de mujeres, permite cumplir de manera tan holgada como rápida, los servicios de los tres refectorios, correspondientes á otras tantas clases ó pensiones del asilo.

Al punto en que el Director se hubo sentado y desdoblado la servilleta, principió el servicio. Para cada mesa, dos camareros: uno, cuidando

de traer y llevar los platos, y otro de ofrecer los manjares á los enfermos, invitando con particular insistencia á los que se manifestaban más ó menos refractarios.

Quien ha presenciado banquetes de esos que tan á menudo celebran los que disfrutan reputación de cuerdos y recuerde la algazara y barullo que empiezan á levantarse poco después del tercer plato, apenas ha sido acallado el elocuente grito del estómago, el cual barullo y algazara suben á los puntos más elevados de la escala del desorden cuando entran en función de guerra las libaciones espumosas, pensará que, donde para comer se congreguen locos, el ruido, el tumulto, el desorden y la algazara alcanzarán proporciones colosales: cada sesión bromatológica, conforme con esta regla, vendría á ser una orgía, una bacanal, y su término una merienda de negros.

Tal era la idea que yo me había formado de los refectorios del Manicomio. Si había aceptado la oferta del doctor Libe de comer á la mesa común, no había sido sin mediar una buena dosis de miedo, contrabalanceada por una gran curiosidad de recibir impresiones, que estimé serían interesantes para mis apuntes.

Llegado el caso, mi desilusión fué completa... ¿Estábamos en un comedor ó nos hallábamos en misa?... Ni una voz, ni un murmullo, ni

un ruido, ni una queja: cada individuo atento sólo á su plato; cada uno sirviéndose á medida que le llegaba el turno, y todos tan tranquilos y aplicados á la tarea reparadora.

— Doctor, — dije, no pudiendo disimular mi asombro: — ¿reina habitualmente este silencio en los comedores?

— Rara vez se turba... Cuando hallan en la mesa lo que necesitan, los locos se portan con muchísima cordura; en cambio, los cuerdos, cuando comen en colectividad, parecen locos.

— Esto obedecerá al régimen disciplinario, á temor al castigo ó á algo que cohibe las palabras y los actos de los alienados...

— No negaré que influya la disciplina; los locos se asemejan á los niños, por este y por otros varios conceptos. El niño que es rebelde

en casa, suele tener buen comportamiento en la escuela. ¿Por temor al castigo?... Así debiera tenerle en su casa, por el que podría imponerle el padre, como en la escuela, por el que podría aplicarle el maestro. Pero ello es que la disciplina doméstica suele ser estéril... ¿Por qué?



Porque le falta un factor: la *ejemplaridad de la obediencia*, que es muestra inequívoca del influjo de la autoridad. Ese ejemplo, no el temor al castigo — que es de todo punto desconocido en esta casa, — obra aquí el prodigio de que los locos se comporten tan cuerdamente.

— ¿Cómo los locos no hablan entre sí? ¿por qué no hacen conversación de sobremesa? ¿les está prohibido hablar?

— Nada de prohibiciones... Usted lo ve: nosotros damos ahora el ejemplo. No sólo es permitida la conversación, sino que yo, en esta mesa, el señor Ecónomo, en la de segunda clase, que él preside, y el Practicante de Medicina, en la de tercera, dirigimos frecuentemente la palabra á nuestros comensales, con el objeto de distraerles la atención de las ideas insanas que les afligen, estimulándoles, al mismo tiempo, para que coman bien y prueben todos los platos. La causa de este silencio es otra: el mismo vulgo lo dice: «cada loco con su tema». Nuestros enfermos viven en su mundo cerebral; en ellos penetra poco ó nada el *Cosmos*.

— ¿No se avienen entre sí, no cònspiran, no arman los locos celadas contra sus guardianes y aun contra ustedes, sus médicos?

— Así lo creen los de fuera; así se refiere y aun así se ha escrito... Pero eso no son más que bromas, y de mal gusto, puesto que con

ellas se aspira á hacernos reir á costa de una gran desgracia... En todos estos relatos no hay más que la gran mentira.

— Yo lo he leído: cierto alienista estuvo á punto de ser echado al caldero de la sopa por unos locos, que se habían convenido para vengarse del causante de su cautividad.

— Y sucedió,—interrumpió el doctor Libe,—que el médico les dijo: «Aguardad... voy á tomar un baño, pues me hallaríais demasiado sucio y tendría mal gusto el caldo»... La anécdota no carece de ingenio; pero ni ésta, ni ningún relato en que aparezca concierto ó confabulación de locos, tienen el menor viso de realidad. No diré yo que entre locos no nazcan afecciones y también repulsiones; unas y otras son empero bastante raras y casi siempre de origen alucinatorio. Tal concibe entrañable cariño por otro, porque ve en él á su hijo, á su padre ó á su nieto; tal otro aborrece de muerte á uno porque en él ve al enemigo implacable que su delirio creó.

En este punto y cuanto más absorto me hallaba escuchando al doctor Libe, se produce



en el comedor contiguo un ruido extraño, ruido de platos y vasos rotos acompañado de gritos y tremendas imprecaciones. Levantóse el Director y yo pedí permiso para seguirle. Había sido arrojada al suelo la mayor parte de la vajilla de una mesa de segunda clase: un hombre de colosal estatura y fuertemente musculado, se había subido de un brinco á la mesa, y empuñando una silla por los barrotes del respaldo, la blandía haciendo el molinete, como un diestro lo hiciera con una vara de fresno. Los comensales se habían retirado á honesta distancia. Los camareros se aprestaban á amarrar al furioso. Éste gritaba:

— ¡Ladrones, ladrones!
¡Mueran los ladrones!

Al llegar don Salvador al lugar de la escena, ordenó que uno de los camareros se apoderase del arma de combate del orate, mientras otros dos, subiéndose rápidamente á la mesa, le sujetaban por los

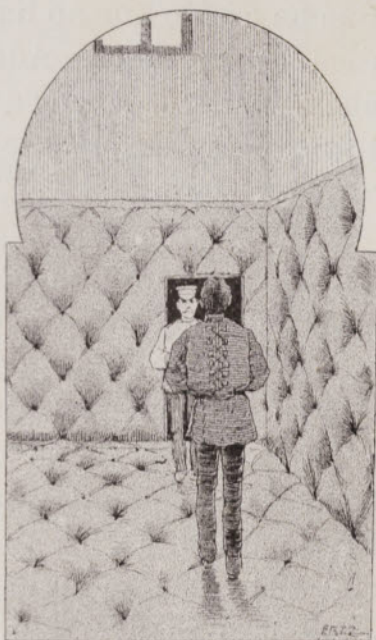
brazos. Así se hizo, y el practicante, auxiliado por otro camarero, puso al enfermo la camisa



de fuerza. En tal estado, el paciente fué conducido á la celda acolchada, en donde le fué administrada una buena dosis de bromuro sódico.

—¿Qué ha sido eso, don Salvador?— pregunté yo.

—Un efecto de la poca franqueza de la familia de este enfermo. Este sujeto ha dado una muestra inequívoca de que padece *locura epiléptica*. Entró, hace ocho días, sin presentar más síntomas que una profunda concentración de espíritu; pregunté con insistencia á sus parientes si le habían visto ó si sabían que había tenido algún ataque convulsivo ó algún raptó de delirio furioso. Lo negaron rotundamente; yo, sin embargo, sospeché que era un caso de locura epiléptica y no permití que concurriese al comedor común. Hoy, contraviniendo mis órdenes, le han traído aquí y ya ha visto usted si yo tenía motivos de recelo... A ver ¿quién ha hecho que subiera al comedor don José Prieto?



— Don Salvador... Suplico á usted me perdone, — dijo un camarero. — El señorito estaba esta mañana tan satisfecho y tranquilo y ha pedido con tanta insistencia venir al comedor, que he creído que no habría inconveniente accediendo á sus deseos. Además, como no hace muchos días que sirvo en esta casa, ignoraba los inconvenientes que esto podía acarrear... Reconozco mi falta... y...

— Y con otra como esta, pasa usted á la calle. A ver, traiga usted su cartilla... Le queda apuntada una falta de obediencia, que le priva á usted de un quinto de la remuneración anual. Sabe usted que á la segunda salta de la casa.

En esto se había repuesto la mesa y los comensales volvían á su tarea como si nada hubiese pasado. En las restantes mesas del refectorio, el accidente epiléptico-frenopático de don José pasó inadvertido, no causando la menor perturbación en los comensales.

Volvimos á nuestros asientos y terminamos la comida. A un campanillazo, que se dejó oír cuando el Director dió la orden, levantáronse todos los enfermos, y con el mayor orden y compostura se encaminaron al salón de recreo, para pasar luego á los jardines.

Aprovechando la sobremesa, que fué aromatizada con una taza de Moka y buenos tabacos del particular peculio del doctor Libe, formulé

la siguiente interpelación, de cuya audacia hubiera recelado á no dirigirse á persona tan amable como el Director.

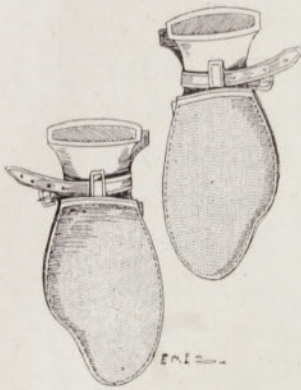
— Con sorpresa he visto, querido doctor, que en esta casa no está en uso el moderno trata-



miento de los locos, el celebrado sistema de Conoly, que proscribe la sujeción mecánica. Al ver la aplicación de la camisa de fuerza, si usted no se hubiese hallado presente, hubiera creído que sus subordinados cometían un abuso.

— Ciertamente: con más sentimentalismo que conocimiento práctico, se ha decantado el *no restrain* para el régimen de los manicomios,

y hasta se han ponderado las excelencias del *manicomio á puerta abierta*. No falta quien, hiperbolizando las ventajas de este último, haya dicho que eran tantas y tan dignas de tenerse en cuenta, que aun cuando de ello hubiesen de resultar cada año unos cuantos asesinatos más, asesinatos que podrían cometer los locos sueltos, deberían preferirse á los manicomios cerrados...



Yo mismo, antes de hacer la vida de rejas adentro, á que desde años me consagro, sentíame enamorado de tal sistema. Pero, ¿sabe usted lo que he visto?... Helo aquí: primero; hay asilos que hacen gala del *no restrain*;... mas en éstos se *restringe*, se ata, se encarcela y aun se *enjaula*—no diré que se

pegue—siempre y cuando se estima conveniente!... Única condición: que los de fuera no lo sepan. Esto es una abominable hipocresía. Segundo: cuando de buena fe se ha querido prescindir de la camisa de fuerza, de los guanteletes y cinturón de cuero, ó cosa equivalente, realizando la sujeción del furioso con brazos humanos, he visto, no la sedación, sino la exageración del furor. El cohibido por la camisa, siente simplemente la sujeción y cesa de bregar, porque pronto conoce su impotencia; al loco retenido

por dos ó más camareros, le parece que lucha á brazo partido con sus enemigos, y cada escena de sujeción es para él un nuevo combate, una guerrera empresa.

— Entonces no hemos adelantado gran cosa respecto de aquellos tiempos en que los locos vivían encerrados en calabozos y mazmorras y se les cargaba de grillos y cadenas... Sólo ha variado la materia con que se ejerce sujeción.

— No exageremos, amigo mío, no exageremos, que yo también tengo mi sangre en mis venas y hay cosas que me sublevan... porque tengo odio á la calumnia.

— Don Salvador... sentiría que tomase á mala parte mis palabras.

— No las echo á mala parte porque vengan de usted, sino porque expresan un concepto vulgar de los más injustos. Diré tan sólo, para que se note la diferencia que han impreso los tiempos, las ideas nuevas y los nuevos sentimientos, que antes—aun dista mucho de haber transcurrido un siglo—al loco se le sujetaba cuanto se podía; hoy se le sujeta lo menos posible. Antes, el orate era encadenado y encerrado donde no había aire ni luz, desde que se iniciaba el delirio y aparecía la agitación, y solía terminar sus días aherrojado en el calabozo. Hoy la sujeción y la reclusión celular se emplean sólo accidentalmente: mientras dura el furor dañino.

Dañino, sí, dañino para el mismo enfermo y para los que le rodean. Ya no se cohiben ni la agitación ni la exaltación maníaca; al contrario, se las deja en completa expansión: grite, salte ó baile cuanto quiera el enfermo;... para esto hay patios espaciosos y galerías porticadas. Se procura además distraerle, derivar la atención ocupada en el delirio;... para esto están los paseos, los jardines, los salones de recreo, el piano, el billar... y el cigarrillo, administrado á tiempo por mano afectuosa. En una palabra, antiguamente al loco, sujetándole, se le castigaba; hoy se le sujeta tan sólo para protegerle.

— Suplico á usted, don Salvador, me tenga por *confeso* y *convicto*: *confeso* de delito de imperitencia por haber querido averiguar si era lo mejor lo que usted hacía, no pudiendo caberme duda respecto de este punto; y *convicto*, porque los razonamientos de usted, fundados en una larga y provechosa experiencia, no tienen vuelta de hoja... Desearía ahora saber cómo sigue el pobre epiléptico.

— A ver, Pepe, pregunte usted por don José Prieto.

— Señor, el camarero acaba de entrar y dice que el enfermo está ya tranquilo, que no se acuerda de nada de lo que acaba de ocurrir y pide hablar con usted.

— Que entre el camarero.

Este es el mismo á quien el Director acababa de endilgar la gran filípica.

— ¿Qué hay? ¿Cómo sigue don José?

— Como si tal cosa... No sólo está tranquilo, sino menos triste que antes de darle el accidente. Dice que no sabe cómo se halla atado y recluso en la celda acolchada... Desea hablar con usted.

— Pues quítele la camisa y llévelo al paseo;... pero no le pierda de vista... Hoy no hará nada, porque el ataque ya ha pasado; mas en lo sucesivo vigílele usted mucho y no permita que alterne con los tranquilos, si no lleva camiseta... Vaya usted á su obligación.

— Doctor,—repuse,—¿qué cosa es esta de la locura epiléptica, que tan pronto viene como se va?

— Eulogio, esto que acaba usted de presenciar puede darle una idea de los crímenes que más comúnmente ejecutan los locos: es la locura impulsiva... Los epilépticos son carne para el verdugo. Suponga usted que á este sujeto le hubiese dado el accidente impulsivo en el café, y que, de un silletazo, hubiese abierto el cráneo á cualquiera de los circunstantes... Mientras socorren al herido, el agresor es arrestado;... el juez le toma declaración... Ya se ha desvanecido el acceso... El preso dice que nada sabe: sólo recuerda que estaba en el café, é ignora

cómo y por qué causa ha sido arrestado... ¿Quién le creerá?... Pero imagine usted otro caso, más grave y no menos frecuente. El epiléptico, llevado de su impulso ciego, ármase de un revólver, sube una escalera, llega á un piso, donde vive su suegra; llama, abre ésta la puerta, y una bala, penetrando en su cráneo, la deja exánime; hay en la casa la esposa del agresor, con un hijo y una hija suyos y además



la criada; el revólver tenía seis tiros: cada uno ha causado una víctima, excepto el sexto, que rompe un espejo, porque el agresor ha apuntado á su propia imagen... Al ruido de las detonaciones, acude gente, la policía y luego el juez... Al matador le encuentran sentado en una silla, con la mayor flemma. Préndenle; le interrogan;... dice que no sabe nada... Se averigua: vienen testigos que declaran que el asesino, el parricida, no se llevaba muy

bien con su madre política, pues no siendo muy devoto, muchas noches faltaba de casa á la hora de rezar el rosario, pretextando, unas veces estar ocupado en cobrar el salario de la semana,

otras, tener que asistir á las reuniones de la sociedad mutua de obreros, de cuya junta directiva forma parte... No falta quien afirma que tales ausencias tenían por motivo el concurrir al café, con otros compañeros y aun á veces con alguna amiga... De esta suerte, van engordando los autos... La acusación pide la última pena. La defensa solicita que los médicos forenses examinen al procesado. Éstos no ven en él nada que desdiga del estado normal de la mente; sólo han notado en el preso una gran melancolía, que se explica por el temor al tremendo castigo... Se amplía la información pericial... Son consultados dos alienistas... Ambos reconocen que el *hecho de autos* arguye la obra de locura impulsiva y afirman que el acusado no es responsable de los actos que ejecutó... Los asertos de los especialistas vienen confirmados por varios testigos, que saben que el procesado padecía ataques de nervios... Los médicos forenses, al ratificarse en sus declaraciones, previa dilucidación del asunto con los frenópatas, exponen que, como no han visto muchos locos, no pudieron apreciar locura en el múltiple homicidio sobre que declararon; pero que, oído el parecer de los especialistas, en quienes reconocen mayor competencia, adhieren su opinión á la de éstos... De ahí resulta unanimidad en el dictamen pericial: «el pro-

cesado estaba loco cuando cometió los homicidios,» afirman todos... El defensor, después de un elocuente discurso, en que, por cierto, no brillan las ideas de la escuela antropológica italiana, pide y espera la absolución... El fiscal, por su parte, modifica las conclusiones: reconoce que el procesado obró con discernimiento; que mató con intento de matar; pero que en el múltiple parricidio no medió alevosía ni ensañamiento. Pide, en consecuencia, catorce años de presidio... El Jurado delibera; uno de sus más ilustres y encanecidos miembros, dice que no es cosa de dar oídos á los alienistas, pues éstos tienen la manía de abogar por los malvados;... que el acto fué premeditado: el reo cargó el revólver, dirigióse á la casa de su suegra, de quien tenía resentimientos;... quizás había incurrido en infidelidades conyugales, y en fin, que es preciso hacer grandes escarmientos con esos grandes criminales... Hay vacilaciones entre los magistrados... Se recuerda la sentencia del Supremo Tribunal, que establece que, para aplicar á un reo la irresponsabilidad como demente, de que trata el artículo octavo del *Código Penal*, es preciso, cuando la demencia se presente por accesos, que resulte probado que antes del acto criminal el procesado había tenido otros accesos y que éstos habían durado algunas horas... Ninguno de estos extremos

consta en el hecho de autos. En éste, la premeditación resulta evidente y también la alevosía; falta tan sólo ensañamiento: ningún cadáver tenía más de una herida... El criminal debe ser de alma empedernida: así lo denota la tranquilidad con que se le halló sentado, después que hubo cometido los asesinatos... El delito merece, pues, la calificación de *parricidio múltiple, con agravantes*... Por mayoría, el Jurado condena al procesado á cadena perpetua... Resultado: un hombre, un desdichado, que á estas horas se halla en presidio por un crimen que él es el único que lo ignora... No subió al cadalso, por casualidad: si la bala que rompió el espejo se hubiese clavado en el cuerpo de alguna de las víctimas, habría habido doble herida: señal de ensañamiento.

— Esto es horrible, don Salvador, esto es horrible. Digamos entonces que los males de la locura se centuplican por obra de la ley.

— ¡Ah! no es la ley la que injustamente mata; no es el Código Penal el que castiga á los locos... La ignorancia, la ceguera, la rutina, el orgullo de clase tapan la boca á la experiencia y matan la luz de la Antropología jurídica. La espada de Themis es para herir á los malvados. ¡Cuánto mejor sería Themis inerme, si ha de herir á enfermos, que tienen derecho á su amparo!

— Don Salvador: oyéndole el tiempo vuela... pero harto he abusado de sus bondades... Pido permiso para retirarme á mi gabinete... Tengo mucha tarea para la tarde y para la noche.

— Eulogio, no escriba demasiado... Recuerde que está convaleciente... Si quiere cenar en su cuarto, no tendrá que molestarse volviendo al comedor y podrá acostarse temprano.



III



LO QUE TIENE FIARSE DE LOCOS

CON el empeño que tengo en estas MEMORIAS, se podría pensar que así que me he despedido del doctor y apenas me he hallado constituido en mi gabinete, frente á mi mesa, mi tintero y mi resmilla de papel de cartas, mi primera tarea ha sido apuntar las impresiones que llevo transcritas... El que tal creyera no sabe lo que es amor ni ha conocido una Rosita tan linda como la mía.

Á mi padre le he escrito una carta lacónica, sí, pero muy afectuosa, sin olvidar recuerdos, muy expresivos, para mi madre y tías. La carta para Rosita es de fuego. He omitido el pretérito

—vergonzoso para mí—y la he recargado de futuros;... futuros de dicha y embeleso. Más de una hora he estado bregando con los consonantes, á quienes he tenido que procesar en rebeldía, para unos endecasílabos, que han salido al fin tan medianos, que no me atrevo á exhibirlos. —; Siempre fuí refractario á la rima! —«¿Para qué escribirles, si al día siguiente había de recibir su visita?» Eso me decía; pero el corazón humano, como los grandes ríos, tiene sus desbordamientos: es el papel campo que la tinta fertiliza; la cual tinta, aunque negra, representa, á veces dignamente, á la rutilante sangre del arterial ventrículo.

Como ensayo, no ha sido malo el que he hecho de las fuerzas de mi cerebro. Después de las tareas epistolares, dediquéme á escribir el capítulo que precede, leí el diario, tendíme cómodamente en la cama, y de un tirón me he echado ocho horitas de sueño sosegado, cual corresponde á un joven de mi edad y de mi historia.

Saliendo á la galería y por ella encaminándome al parterre, he encontrado al joven médico interno, que se dirigía á mi dormitorio. Y en verdad que tal encuentro me ha causado satisfacción; pues ayer, habiendo sido llamado á poco de estar á la mesa el simpático doctor, no tuve ocasión, como deseaba, de intimar en su conocimiento.

El doctor don Rodrigo de León pertenece á la clase de los temperamentos sanguíneos adosados á una complexión robusta y sana, de esas que ya escasean demasiado en la generación presente. En él el nervio se halla en todas partes y por doquiera la sangre acompaña al nervio. De ahí que la expansión, el entusiasmo y la alegría sean las notas dominantes en su carácter. El tono fundamental de su organismo es la salud: la buena nutrición, con buen apetito y buena sed; buena respiración, con bronquios anchos y limpios, en pulmones albergados en pecho espacioso, en relación con una estatura que dista al menos tres centímetros de lo que desearía su sentido estético. Es instruído, fino de modales, formal, cortés y listo. En contraste con tan relevantes prendas, tiene un defecto, que debe habersele pegado: una inmoderada afición á *externarse*, con todo y ser *interno* del Manicomio; defecto que se explica porque sus servicios facultativos son muy solicitados, y además porque, joven, soltero y simpático como es, no faltan solteras, viudas y aun casadas, que, sin salud ó con ella, anhelan su contigüidad y buen consejo..., nada más que su consejo. La envidia, que siempre tizna, dice cosas que se explican teniendo en cuenta que siempre abundan en escama los maridos recelosos.

Estas nociones biográficas me las ha propor-

cionado el Reverendo señor Ecónomo, quien á su vez me parece digno de un bosquejo, que saco del natural, condensando las impresiones que me proporcionó la agradable visita que de él recibí ayer á última hora.

Es el Reverendo don Cicimbrio Nasturcio un modelo de piedad sin mogigatería, de caridad evangélica sin excepciones de casta, de educación en la buena escuela y de asiduidad en las tareas de su cargo. Ha pasado su juventud en el Manicomio y ha llegado á la edad de consistencia bregando sin cesar en los mares procelosos de la sinrazón. En él hallan constantemente los deudos de los enfermos eficaces consuelos y útiles consejos. Es también aficionado á *externarse*, pues sus auxilios espirituales son tan solicitados como los facultativos de su consorte el doctor León. Previene á su favor su semblante, pues, aun cuando en exceso sombreado por una nariz aguileña, aparece siempre afable y dispuesto á amenizarse por una sonrisa; sólo se conturba y pone hosca su fisonomía cuando domina su espíritu la indignación, cosa que irremisiblemente sucede cada vez que el fuerte abusa del débil ó el rico del pobre. ¿No tiene ningún flaco?... Uno: apego excesivo á la conversación, y, en particular, á la conversación biográfica investigadora, la cual, entre reticencias, epigramas y puntos suspensivos,

fácil y frecuentemente se metamorfosea en crítica sinapística... En este extremo rivalizan el médico y el capellán del Manicomio... No sé nada;... pero presumo que, en más de una ocasión, el doctor Libe habrá sido sinapizado, de común acuerdo, por sus dos dignísimos subordinados.

Previas las cortesías de ordenanza en una primera de cambio de impresiones entre jóvenes de buen temple, don Rodrigo me dijo:

—Eulogio, es usted el mortal más afortunado, y por ello le felicito. Sale, á costa de muy pocos días, de una enfermedad gravísima y sin riesgo de recaídas, y le aguardan los brazos de una niña, que debe ser una perla caída de la gloria del cielo.

—Tantas gracias por las lisonjas, — dije entre ruborizado y cejijunto, pues no las tenía todas conmigo con los elogios que al médico le merecía mi futura costillita. —Por lo primero, debo mi reconocimiento á esta casa y á su personal, y suponiendo que no ha sido usted ajeno á mi curación, aprovecho este momento para manifestarle mi gratitud y para ofrecerle con



ella mi amistad... En cuanto á lo segundo, el corazón me dice que tiene usted razón.

— Sé que se dedica usted á una obra interesante... ¿Lleva muy adelantadas las MEMORIAS DE ULTRAFRENIA? ¿Necesita materiales para completarlas?

— Doctorcito del alma, — dije yo, no pudiendo contener mi alborozo: — usted presenta el vaso de agua fresca y regalada al que se muere de sed. Con mil amores me aprovecharé de su ofrecimiento, si con ello no he de incurrir en indiscreción ni acarrearle á usted ningún compromiso.

— Déjese usted de escrúpulos... El doctor Libe es muy campechano, y en tratándose de echar una cosa para adelante, es, á pesar de sus canas, más joven que cualquiera de nosotros.

— Pues venga de ahí... ¿No podría usted permitirme que le acompañase en la visita?

— Por lo que se refiere al departamento de hombres, no hay inconveniente; en el de mujeres toparíamos con dos obstáculos: la regla de las monjas y la impresionabilidad sexual de las locas. Necesitaríamos autorización especial del Director. Los médicos tenemos libre acceso en este departamento, pues es opinión corriente en nuestras costumbres, que en nosotros el sexo queda anonadado por la profesión.

— Pues, á pesar de esta prerrogativa, no

les envidio á los médicos el privilegio. Aprovecharé lo que den de sí los hombres... Cuando usted guste...

Ha principiado la visita por la sección de tranquilos. Éstos se hallaban reunidos en el salón *psiquiátrico*, el cual es muy espacioso, está sencillamente decorado, y se halla provisto de una gran librería y una mesa de lectura en el centro, sembrada de periódicos y revistas ilustradas. Lo más notable, por ser característico de esta dependencia, es el friso, que está cubierto de inscripciones, las cuales son otras tantas máximas y consejos, aplicables á diferentes estados y formas de la enajenación mental, encaminadas unas á insinuar en la mente de los enfermos la noción de su propia enfermedad, otras á infundirles esperanzas de curación, otras á recomendarles el aseo y la limpieza, otras, en fin, á encarecerles la subordinación y la disciplina.

Cada enfermo se hallaba entregado á su faena y la mayoría á ninguna. Unos leían periódicos, otros examinaban los grabados de las revistas ilustradas, y otros se entretenían haciendo garabatos en el papel. Sólo dos estaban en conversación, que debía de ser indiferente, según la poca animación del tono que empleaban. Al entrar el doctor León, todos saludaron descubriéndose, y muchos se levantaron en muestra de respeto.

— A ver, don Luis,—dijo el doctor, dirigiéndose á un joven muy concentrado y al parecer meditabundo:—¿cuándo nos da la cartita para su padre?... Ya sabe usted que sólo se aguarda á que usted reconozca el trastorno mental que le trajo á esta casa, para irse con la familia.



— ¡Familia!... Yo no tengo familia... Mi padre es un malvado, un tirano... Yo no he estado nunca enfermo, ni lo estoy... Lo que hay es un tremendo lío, en que todos han entrado.

— Yo, no.

— Usted también... y todos los de esta casa... y éstos también.

— No dirá usted de mí,— repuse yo.

— Usted... usted... ¿Quién le mete á usted conmigo?

— No me meto;... sólo quisiera ofrecerle mis auxilios... mi amistad.

— Todos me dicen lo mismo y todos me han engañado.

— Menos yo, amigo mío... Me parece que tiene usted razón... ¿Quiere usted ser franco y explicarme sus pesares?

— De buena gana;... pero ese señor no lo consentirá.

— Don Rodrigo: ¿permitirá usted que este joven venga conmigo á mi gabinete ó que demos juntos un paseo por la alameda?

— Concedido,—y luego, hablándome aparte: —Tenga usted mucho cuidado; don Luis tiene *delirio de persecuciones*, y advierta que todo *perseguido* viene día en que se hace *perseguidor*.

— Gracias;... aprovecharé el aviso... Si usted lo consiente, saldremos á la alameda.

No sin escrúpulos levantóse don Luis de la otomana en que estaba reclinado. Dió unos pasos en dirección á la puerta de salida, á donde yo me encaminaba. Retrocedió, miróme con recelo, vaciló é intentó volverse á su asiento; hasta que, al fin, tomándole del brazo, me lo llevé.

Invitados por el agradable sol de las diez de la mañana, nos sentamos en uno de los poyos de una plazoleta, circunscrita por un seto de

tuyas y cipreses. Don Luis se ha mostrado tan remiso al sentarse, como lo fué para levantarse de la otomana. Viendo que de sus miradas no se apartaban ni la inquietud ni el miedo, le he dicho:

— Aquí estamos solos, don Luis; no nos oye nadie, ni nadie nos podría ver... Diga: ¿por qué está usted tan triste?

— Porque me tienen mucha envidia y todos me quieren mal.

— Esto debiera consolarle: siempre la envidia sigue al verdadero mérito. Hombre no envidiado, no vale nada.

— Es que se mofan de mí, ... y yo no puedo soportar las burlas.

— Pero ¿de qué le tienen tanta envidia?

— Mi padre era panadero... Pero no quiero continuar; usted lo volvería á decir.

— Palabra... Yo soy su verdadero amigo.

— Yo hallé el secreto de hacer pan esponjado, aun cuando fuese mediana la harina. Ellos amasaban harina de trigo y los panes les salían aplanados y la miga espesa; yo tomaba harina de centeno, salvadilla sola, y mis panes esponjaban mucho... mucho más que los suyos... En la tienda todo el mundo daba la preferencia á los panes míos... Tengo dos hermanos: el mayor, el heredero, concertado con mi padre se empeñó en saber mi secreto... Claro está que

sin más ni más yo no se lo había de decir... No me perdieron de vista: me acecharon de día y de noche. Para trabajar, me encerraba en mi tahona... Practicaron agujeros imperceptibles para espiarme... Así y todo, no pudieron sorprender mi secreto... Entonces trataron de robarme el pensamiento:... una noche, mientras dormía, me untaron la cabeza con un aceite muy fuerte — aun se siente la peste — que me la ablandó de mala manera;... aun se pueden tocar los huesos, que están como melón podrido... Pues bien, por aquí han penetrado en mi pensamiento y me lo han robado... Después, todo han sido befas;... todos se mofaban de mí.



— ¿Qué le decían, que le hacían?

— Medias palabras, palabras de doble sentido, que yo comprendía: gestos, muecas y guiños... Fué tanta su crueldad, que compraron á los vecinos para que se mofasen de mí;... hasta los transeuntes, al pasar por delante de nuestra casa, miraban y hacían burlas... ¡Como que al entrar en nuestra calle ya había quién les pagaba las muecas!... El mal se ha propagado: ahora han comprado á la prensa... Ya no hay día en que los periódicos no me aludan para insultarme... Por fin han comple-

tado la obra de exterminio: con pretexto de tratar con quien me compraría mi secreto, me hicieron venir á esta casa... Ya aquí, se han concertado con el Director, el Médico, el Practicante, el Ecónomo y los camareros, para burlarse de mí... Día vendrá en que yo podré,... y podré más que ellos... El día que pueda... ya se verá á dónde alcanzan mi venganza y mi justicia.



— Cálmesese usted, cálmesese... Quizás no sea tanto como usted cree el odio que dice le tienen. Quizás su imaginación le haya hecho ver cosas diferentes de lo que realmente son... Yo mismo, aun no hace cuatro días, estaba tanto y más loco que usted..., y vea cómo al cabo he llegado á mi acuerdo.

— ¿También es usted de los que me creen loco?... Ya había de suponerlo... Y usted ha abusado de mi franqueza... ¡Está usted también vendido á mis parientes!

— No hay tal cosa, hombre, no hay tal cosa... Yo vine, ó mejor, fuí conducido á esta casa, como usted:... loco, chiflado, trastornado del juicio... Ahora me he curado y he reco-

brado la razón... Yo, no hace un cuarto de hora, no le conocía á usted... ¿cómo quiere que me haya aconchabado con nadie para ir contra usted?

— Eso dicen todos... ¿A que no me enseña ese papel que asoma por la faltriquera de su americana?

— ¡Cosa más sencilla! Es una carta que he escrito á mi padre. Tómela usted... léala si gusta. (Y la he puesto en sus manos).

— ¿Pues?... Ya lo decía yo... los tres puntos... los malditos tres puntos... ¿Piensa usted que no sabemos lo que son masones?... ¡los perros masones!... ¡Pedro Meifrén!... ¡Mire qué casualidad! ¡su padre de usted se llama como el mío!... ¡También es usted de los Meifrenes!... Lo que decía: ¡otro pariente, otro espía!

— Yo no me llamo Meifrén, sino Higiofrén, y si bien mi padre se llama Pedro, ya usted sabe que abundan los Pedros en nuestra tierra.

— Eso son retóricas y malas burlas... Ya estamos solos... Es preciso que esto acabe... O mejor, que yo acabe con usted...

Y esto diciendo, el semblante del loco tomó un aspecto siniestro... Retrocedió dos pasos... fijó en mí su mirada aviesa y dió un brinco para echármese encima;... pude repeler la primera agresión, en que adiviné el intento de

extrangularme... A buen tiempo: el orate se vió retenido por los codos por las robustas y avezadas manos del buen Pepe—mi camarero—quien, prudentemente advertido por don Rodrigo, había ido á apostarse detrás del seto, provisto de lo necesario, para vigilar cualquiera mala treta que pudiera venirme de parte del perseguido don Luis.

Recibió, á guisa de correctivo, el desdichado joven la camisa de fuerza, en cuya imposición se mostró diestro mi camarero, y aun cuando intercedí por aquél suplicando no se le aplicase correctivo, la orden del médico fué cumplida con religiosa exactitud y el alienado conducido á la sección de agitados.

Acudí en demanda de gracia al gabinete del médico interno;... ¡oh don Rodrigo de León... *volaverunt!* Terminada su visita, el apreciable médico interno se había *externado*.

Firme en mi propósito, me dirigí al despacho del doctor Libe, á quien expuse mi demanda. El Director, accediendo á mi ruego, dió la orden, suplicándome que yo mismo acompañase al camarero, para que viese como era cumplida... Así vería al mismo tiempo cómo manifiestan su gratitud los locos perseguidos con los que se empeñan en hacerles algún beneficio.

Hallamos á don Luis en el patio, y le dije:
— Amigo: deseo que no me guarde rencor.

He conseguido para usted la gracia de que le quiten la camiseta.

Llevóse á cabo la operación liberadora... Tan pronto el loco se vió exonerado de las ataduras, y cuando yo esperaba de su parte votos que me fueran favorables, mirándome con el mismo rencor que poco antes, dijo:

— Pariente y además masón...
¡Un día nos hemos de ver las caras!

Salí corrido de esta escena y además tan contristado en vista de miseria tanta, que sentí apremiante necesidad de las consoladoras palabras del doctor Libe.

— Eulogio, — me dijo, así que le hube referido mis impresiones; — piensa el vulgo que la locura sólo pervierte la inteligencia... ¡craso error!... es mucho más profunda y de mayor trascendencia la perversión que experimentan los sentimientos... ¿Verdad que es dolorosa la experiencia del Manicomio?... Pero sosiéguese usted, amigo mío... Vaya á su gabinete, donde hallará grata compañía.

En efecto, la visita era más numerosa de lo que yo esperaba: á más de mi padre y Rosita, habían venido mi madre y mis tías.



Abierta la sesión, previos los ósculos y abrazos que eran del caso, propuso Rosita una pequeña gira campestre, yendo á comer en el *Hotel del Promontorio*, vista espléndida, desde el cual se dominan la ciudad, la llanura y el mar, regresando al Manicomio al anochecer. La proposición no fué votada, sino aclamada por unanimidad. Solicitó permiso mi padre al Director, y accediendo éste, añadió:

— Eulogio: para mañana tenemos gran programa: vamos á recibir visita de periodistas. Hay aviso anticipado... eso arguye banquete... Y lo habrá;... porque es preciso amoldarse á los usos y costumbres del país en que se vive.



IV

PERIODISTAS EN EL MANICOMIO



QUE se pasó muy bien la tarde en la montaña; que los manjares del *Hotel del Promontorio* nos supieron á gloria; que Rosita y yo, en particular, nos divertimos y reímos mucho, y que todos dimos por bien empleado el tiempo, no me he de esforzar en demostrarlo. No hubo más molestia que un poco de frío, que, al paso que avivaba el apetito y estimulaba al ejercicio, hacía más grato el sol. Esta es la síntesis de la gira, por lo cual omitiré entrar en pormenores. ¡Qué de cosas nos dijimos Rosita y yo! ¿No sería ofender la ilustración de los lectores detallar esas intimidades del amor? He aquí, no obstante, para muestra, un fragmento de nuestra conversación:

— ¿Cuándo acabas tu vida de loco?—dijo Rosita.—¿Habrás que aguantar por muchos días tu manifiesta ingratitud?

— Cabalmente iba á hablarte de esto... Iba á decirte que esta mañana he corrido próximo peligro de morir estrangulado... Figúrate que un loco, á quien quería consolar y convertir á la razón, se ha empeñado en ver en mí un pariente, un enemigo suyo, un masón; y, chica, si no por Pepe, que me ha socorrido á tiempo, hubiera pasado un mal rato... Veo que la vida de manicomio, cuando uno se empeña en ciertas aventuras, no está exenta de peligro. Esto, el hallarme tan bien con vosotros, y mejor contigo, pensando que pronto nos habremos de separar, me inspira ahora mismo el deseo de dar por terminada mi convalecencia... Me iría hoy con vosotros, si no fuese que, según me ha dicho el doctor Libe, mañana ha de venir á visitarnos la Prensa, y deseo estar en el Manicomio... Decididamente, pasado mañana me voy con vosotros.

— ¿Qué empeño tienes, ingrato, con la Prensa?

— Quiero saber qué concepto tiene de la locura, de los locos y del Manicomio el eco de la opinión pública.

— Chiquillo;... tienes formalidades impropias de tu edad... Pero ¿qué le haremos?...

hay que resignarse... Como sabes que no te hemos de disgustar, tunantuelo, haces siempre tu santísima voluntad.

— Mira, Rosita, te aseguro que pronto nos desquitaremos de estas ausencias... ¡Si supieras!... Tengo proyectado un gran viaje de novios.

— Y yo otra cosa, que ya no es proyecto, sino obra empezada...

— Dime, ¿qué es?

— Adivínalo tú, que sabes tanto.

— Un abrazo... un ramillete de besos...

— ¡Tonto!... eso entra en el presupuesto ordinario... Eso no se prepara: se da y se toma al contado... Lo mío es una obra de arte; una pechera de camisa que te estoy bordando... Verás qué caprichitos... Hay corazones, flechas, rosas, pensamientos, angelitos...

— Que más angelito que tú, prenda del alma... Pero cuida de que tu tela no sea como la de Penélope... Aun cuando no te parezca correcto, no deshagas nada de lo bordado, que será divino, siendo de tus manos... En fin, que te prometo que pasado mañana veré tu labor.

.
Ansioso de estar en autos de las aventuras amorosas que pudieran contenerse en la gira, muy de mañana ha venido á mi cuarto el doctorcito. No le he contado ni la mitad de lo ocu-

rrido, porque he notado que con mi relato la boca se le hacía agua.

Así, volviendo la hoja y por mi propia iniciativa, hemos pasado á la orden del día: la visita de los periodistas.

— ¿Reciben ustedes á menudo — he dicho — visitas de la Prensa?

— Rara vez... Algunos periodistas han venido aquí por su cuenta y razón y luego han salido con el propósito de no volver;... porque temían que se les contagiase la locura... ¿Qué le hemos de hacer?... Predisposiciones individuales... Los locos huyen del frenópata, por la misma razón que las fieras se apartan del naturalista: de miedo de que las clasifique.

— Está usted cáustico, querido doctor.

— Es que hay males que no se curan sino cauterizándolos... En cambio, otros periodistas no han salido satisfechos, porque venían á ver locos... y no les hemos dejado ver ninguno. Lo que sobre todo deseaban era ver algunas locas... ¡Pobrecitos! ¡No sabían que casi todas las mujerés se vuelven feas con la locura!... Aquí no se ha consentido lo que ellos deseaban, y al irse han dicho: «¡Es fuerte cosa ir á Roma y no ver al Papa!»

— ¿Por qué guardan ustedes tantas reservas?

— Por la mala índole del mundo... Al pobre loco, la sociedad le trata como al presidiario

cumplido y aun peor. ¡Grandes injusticias! Al uno y al otro los mira recelosa: de éste piensa que no tendrá enmienda;—si no cree en la eficacia del castigo, ¿por qué lo aplica?—y de aquél supone que no tiene cura... «¡Fulano!—en un negocio civil, un casamiento, la constitución de una sociedad industrial ó de crédito, pongo por ejemplo,—no me fío de Fulano, se dice, ha sido loco; *ha estado en el Manicomio...*» El haber estado en el Manicomio, en vez de ser un atenuante del hecho *locura*, es para el mundo un agravante... ¿No equivale esto al absurdo que resultaría de decir: «Fulano ha tenido una pulmonía;... ha tomado tártaro emético ó kermes mineral;... no creo en la curación de su pulmonía?...» Por esta ignorancia, por la estúpida tiranía de esta ignorancia, que rompe con los linderos de la lógica, el loco debe hallarse sustraído á la mirada de los profanos que gozan reputación de cuerdos... ¿Qué se diría de uno que, habiendo, como usted, tenido la fortuna de curarse en el Manicomio, entrando en el mundo de los negocios, se hallase de manos á boca con otro que le hubiese visto en el Manicomio?... «Don Eulogio,—dirían,—don Eulogio... Dios me libre de tratar con él... Yo mismo le he visto en el Manicomio».

—Entonces, dice usted que á mí me espera este lúgubre porvenir...

— Nada de eso... Su estancia de usted en esta casa es sólo sabida de su familia... Y como usted, se hallan los demás albergados.

— ¿Qué podría hacerse para combatir preocupaciones que tanto perjudican y al mismo tiempo tan contrarias á los sentimientos humanos?

— ¿Qué? Eulogio... Pues lo que usted hace: publicar los MISTERIOS DE LA LOCURA, ó MEMORIAS DE ULTRAFRENIA, para poblar de luces á estos puntos negros de la civilización moderna.

— Gracias, amigo; entonces usted aprueba mi pensamiento... y el voto de usted es de calidad... ¿Sabe usted que me he acordado mucho del pobre don Luis?... Esta mañana he despertado pensando en él y no he podido volver á conciliar el sueño... ¿Cómo sigue? ¿Podré verle?

— Se ha portado bien; ha dormido toda la noche y ya se halla otra vez con los tranquilos... ¿Quiere usted verle? Ahora le encontraremos en el salón de recreo.

Fuimos allá, atravesando una espaciosa galería acristalada. De paso vimos los dormitorios de los *elinequesas*—ó locos sucios—relegados á un extremo del pabellón ó crujía, los cuales dormitorios son individuales, independientes entre sí y del resto de la casa y mantenidos en irreprochable aseo, gracias á cuidados muy prolijos. Formando ángulo recto con este mísero

departamento, está el salón, ó, por mejor decir, —puesto que son dos—los *salones de recreo*. En uno de ellos está el billar, mueble nuevo, elegante y admirablemente conservado, habida razón del lugar en que se halla y de la clientela que lo frecuenta. Una amplia abertura, una tribuna, más bien que ventana, relaciona este salón con el que le está contiguo, el cual es mucho más espacioso y se halla provisto de mesas de mármol y de tresillo, con sus correspondientes adminículos para los juegos de dominó, cartas, ajedrez y damas. Los enfermos que no quieren tomar parte activa en los juegos y que no se hallan en condiciones para que les sea permitido el manejo del taco y de las bolas, pasan el tiempo mirando el juego de billar por la ancha ventana de que llevo hecho mérito.

He notado que había poca afición al juego. Unos pocos enfermos se entretenían con el dominó; holgaban los tableros de ajedrez y damas, y otros dos enfermos jugaban á las cartas con un camarero. El juego del billar estaba ocupado por el Practicante, y dos enfermos, que se ejercitaban en la carambola. Había como media docena de espectadores. Los demás enfermos



tranquilos pãseaban por el salón ó estaban en las otomanas. Mi *simpático* don Luis se hallaba retirado en un rincón. Me ha parecido que estaba menos abstraído que el día anterior. Don Rodrigo le ha llamado, y, como se mostrara poco dispuesto á venir á nosotros, nos hemos aproximado á él.

— ¿Ha descansado, don Luis? — le ha dicho el médico.

— Sí, señor.

— ¿Conoce usted á este caballero?

— ¡Mi pariente!... vaya si le conozco...

— ¿Está usted enfadado conmigo? — le he dicho.

— Y á usted ¿qué le importa?... Dejemos que haga cada uno lo que quiera... Y usted déjeme en paz...

Un gesto del doctor me ha indicado que debía abandonar toda esperanza de reconciliación.

En este instante ha venido un camarero, de parte del Director, para decirnos que pasemos á su despacho, pues los periodistas habían entrado en el Manicomio.

Hallamos en el despacho del Director cinco dignísimos representantes de la prensa periódica. El de más edad — para proceder á su enumeración ordenada según un motivo de prelación exento de disgustos, por lo que suele ser poco envidiado, — era un señor alto, de bigotes

entrecanos y reposado continente, al que daban más *venerabilidad* unas gafas de oro, de fina estructura. Éste, hecha su propia presentación y diciendo llamarse Pedro Llanos, y que era director de *El Radical* — título que por sí solo expresa los humos del periódico, — procedió á presentar á sus colegas en los siguientes términos:

— Don Eugenio de Guzmán, dignísimo Director y propietario de *La Ley Marcial*, diario conservador, de tanto abolengo como arraigo. — Era éste un señor bajito, casi calvo, bien conservado, un tanto mofletudo y de nariz rubicunda. Llevaba un lacito colorado en el ojal de la levita.

— Don Felipe Saladríguez, dignísimo representante y festivo cronista de *La Razón Social*, periódico consagrado á la defensa de los intereses del Comercio y de la Banca. — Don Felipe tiene traza de un agente de negocios; joven, barbilampiño, movedizo y de urbanidad muy ceremoniosa y flexible. En su meñique izquierdo brillan tres sortijas, con otros tantos brillantes de gran tamaño en cada una, que, en tal sujeto,



no hay quien ponga en tela de juicio que sean americanos.



— El aprovechado joven don Aureliano Romo, — continuó don Pedro, — afecto á la redacción de *La Razón Social* y compañero de glorias y fatiga de don Felipe. A pesar de sus pocos años, es ya notable en la prensa por sus artículos apologéticos del melón. — En Aureliano conocí á un condiscípulo mío, grandullón, prolongado, por reiteradas y súbitas embestidas del crecimiento; al cual grandullón bastaba con mirarle la facha, para

conocer la clase de fruta que anualmente solía cosechar en ambas extremidades del verano. Ciertamente, no me sorprendió su especialidad en la ciencia de los melones.

La última presentación — y el ser la última no ha dependido tanto de las cualidades del presentado, como de los ideales políticos del presentador — ha sido la de don Benito Pueyo.

— Don Benito Pueyo, — continuó diciendo don Pedro, en tono un tanto irónico, — redactor



de *Las Tradiciones*, diario católico, apostólico y ultra-romano, que da la hora y el santo del día, y que en su día dará el santo y seña que ha de redimir á la humanidad de la esclavitud del demonio y de la carne.

El Director invitó á tomar asiento á los presentes, con lo cual resultaron ocupados todos los sillones y sillas del despacho. El periodista que llevaba la palabra, el Director de *El Radical*, explicó el motivo y objeto de visita de la Prensa en estos términos:

— Nuestra inopinada presencia en este benéfico asilo, señor Director, podría causar extrañeza, y nuestra visita podría parecerle inoportuna y hasta impertinente...

— La presencia de personas ilustradas, — interrumpió el doctor Libe, — no puede ser jamás inoportuna... Todo lo contrario: la visita de ustedes honra mucho á esta casa y especialmente á su Director. Sea cual fuere el objeto que aquí les haya dirigido, pueden estar seguros que son motivo de gran satisfacción.

— Gracias; no esperábamos menos de usted... Es el caso que aquí se alberga un compañero nuestro, persona de mucho mérito, y que así



es conocido y con ventaja, en el mundo periódico, por sus luminosos artículos, que han sido publicados en casi todos los periódicos de la capital, sin distinción de matices políticos, como por sus obras artísticas, pues es uno de nuestros primeros dibujantes.

— Sé de quien se habla... ¿No es de don Alberto Martínez?

— El mismo... Ya verá usted;... tenemos noticias contradictorias respecto de su estado y, como nos unen vínculos de amistad y compañerismo, hemos convenido en hacerle una visita;... siempre y cuando usted, señor Director, crea que esto no le haya de perjudicar... Además, con esta ocasión, hemos creído que la tendríamos propicia para formar concepto cabal del Manicomio, si usted consiente en que lo visitemos... Ya usted lo sabe: hay tantas preocupaciones acerca de la suerte de los alienados en los manicomios; se ha dicho y escrito tanto en contra de esta filantrópica institución,— que yo tengo por preciada conquista del progreso,— y por otra parte, se habla en términos tan favorables el Manicomio *que no lo parece*,— según se dice, esta es la enseña del que usted dirige,— que no hemos vacilado en poner á prueba su amabilidad...

— Señores: aplaudo con toda el alma la determinación de ustedes. Siento tan sólo que el

concepto de la enfermedad del pobre Martínez no pueda ser tan halagüeño como yo desearía y como tal vez les parezca á ustedes, cuando le hayan visitado. Se trata de una *locura circular*, que ahora atraviesa el período lúcido y en que empieza apuntar el de exaltación maniaca... En fin, ustedes lo verán... En cuanto á la inspección del Manicomio por la Prensa, no sólo la considero justa y conveniente, sino de absoluta necesidad, y debiera repetirse periódicamente, para velar sagrados intereses, toda vez que es meramente nominal la que efectúa el Gobierno, por medio de sus delegados. ¡Delegados! ¿A quién creen ustedes se delega para función tan delicada? ¿A un alienista de suficiencia probada en públicas oposiciones, ó á un médico distinguido por sus publicaciones sobre las enfermedades mentales? No... O no se delega á nadie, ó la inspección se encarga al primer médico que viene á mano; al más afín en el trato privado del Gobernador... Y, señores, no peco de presumido: para entender de locuras, de locos y de manicomios, es indispensable haber ejercido aquí, de *rejas adentro*. De ahí que, siendo rarísimas esas visitas de inspección, cuando tienen lugar, pecan de rápidas y superficiales... ¡No parece sino que los delegados del Gobierno tienen miedo á los locos!... Usted lo ha dicho, don Pedro, la misión de la Prensa es disipar

preocupaciones, ilustrar la opinión pública y luchar á brazo partido con los errores... La Prensa está en el deber de acudir á los manantiales de los hechos, para proveerse de impresiones verdaderas. Se habla de *misterios del Manicomio*... Esta frase debe ser invención de algún loco perseguido, de esos locos sueltos que recelan de todo y de todos, y especialmente de los alienistas, seguramente de miedo de que los clasifiquen. ¡Misterios del Manicomio! El Manicomio no tiene misterios... La entrada es expedita para todo. aquel que quiera convencerse de que aquí los locos son considerados y tratados como hermanos nuestros, afligidos de la mayor de las desdichas y totalmente desvalidos; no como malvados y criminales. La ciencia y la caridad se adunan para misión tan santa. Si están cerradas las puertas del Manicomio, es para evitar evasiones de los infelices que, privados de razón, la libertad sería tan perjudicial para ellos como para la sociedad... La patria del loco es el Manicomio... Pasemos ahora, si ustedes gustan, á visitar á don Alberto. Ahora le hallaremos en su habitación ocupado en sus dibujos.

El gabinete de don Alberto estaba en la planta baja, y como tenía salida directa y vistas al parterre, el artista sacaba partido de estas condiciones para llevar á cabo una gran obra. Todos los albergados que paseaban por el jardín,

ó que se sentaban en los canapés que hay en el mismo, eran retratados por el señor Martínez, y su fac-símile pasaba á formar parte de una colección, ya numerosa, á la que él llamaba *Galería de locos ilustres*.

Hallámosle, en efecto, entretenido en sombrear con la pluma una figura de mujer, en una cartulina. Viéndonos, manifestó gran satisfacción; diónos uno á uno la mano y abrazó cordialmente á sus antiguos colegas.

— Ya ve usted, Alberto, — dijo don Benito, — que no se olvidan las buenas amistades y que, á pesar de la ausencia, conservamos de usted buenos recuerdos.

— Son ustedes muy amables... nunca dudé de su amistad... Siéntense ustedes... ¿Cómo anda el mundo? ¿Cómo sigue la prensa?

— El mundo... el mundo, — dice don Benito, — el eterno enemigo del hombre, se asocia con la carne y es causa de todas las desdichas.

— Perdone usted, señor Pueyo, — replica don Alberto... — no disputo el concepto que usted tiene del mundo, porque hace ya siete meses y veintitrés días que estoy ausente de él, y las



cosas, en tan largo período, pueden haber variado mucho;... pero en cuanto á la carne, con quien tengo relaciones diarias, afirmo y sostengo que me es muy simpática, mayormente cuando se presenta en forma de bisteque ó estofado, y hasta la encuentro adorable en los fricandos.

— ¡Lo toma usted á guasa!... Se habla de la carne en el sentido de los humanos apetitos, que inducen á la tentación y al pecado.

— Pues yo digo que si estar en pecado es haber perdido la gracia de Dios, yo no estoy en ella, pues á lo menos dos veces cada día, cedo á la tentación de la carne.

— Es que don Benito, — replicó humorísticamente don Pedro, — no alude á la carne de los brutos, sino á la carne humana... ¿No es verdad, seráfico compañero?

— Tan verdad, como que veo que se echan á broma cosas muy formales... Con estas bromas se comete pecado... Yo aludo á la concupiscencia de la carne... Lo que aquí se dice es prueba de que el mundo es enemigo del alma.

— Señores, — añadió don Rodrigo: — yo admito la doctrina de la *pecaminosidad* de la carne tal cual la explica don Benito; pero, pregunto, si preguntar me es lícito sin pecar en materia grave, ¿es también pecaminosa la apetencia de la carne femenina de nuestra especie?

— Pues de esa sí que aquí nos abstenemos del modo más riguroso, — dice don Alberto... — y á fe que no es que falte apetencia;... pero esos señores médicos son tan rígidos y tan conservadores de la buena nutrición de los locos, que nos tienen herméticamente cerradas todas las válvulas del amor... Ahí enfrente, un harén; aquí, este departamento no parece sino el depósito de los servidores del serrallo.

— Bravo, bravo, don Alberto, — repuso el doctor Libe, viendo la senda peligrosa por donde se encaminaba el discurso de Martínez y los rubores que subían al rostro de don Benito. — Sus amigos de usted desearían ver su *galería frenopática*...

— Doctor, — dijo por lo bajo don Pedro, — ¡qué bien conoce usted la tauromaquia frenopática!

La *galería* de don Alberto constaba de unos cincuenta retratos, hechos á la pluma, de otros tantos compañeros y compañeras suyas, — ¿no diría mejor nuestros? — La ejecución admirable; muchos eran verdaderas obras de arte; el parecido, á juzgar por los locos conocidos míos, no admitía reproche. Lo que me pareció más notable, fué que cada loco se hallaba en la actitud característica de su delirio... Vi un boceto en que me pareció reconocer mi propia efigie... mi efigie en estado de bobo.